

Improntas ideológicas

El cielo se incendiaba, como lo hacía desde varios años atrás. Las nubes ensangrentadas abrazaban la ciudad, tal vez como premonición o como burla por la sangre que ha fluido imitando al río que parte a la mitad esta tierra. No importa qué sea, lo cierto es que el cielo estaba gritando.

Rena estaba en el techo de la casa más alta de la Comuna, envolviendo y, posteriormente, fumando su cigarro. Los comuneros caminaban felizmente por las calles de pavimento desgastado, iban de un lado a otro, riendo y abrazándose, ignorando totalmente el nauseabundo calor que recorría sus cuerpos. «La gente hoy huele a esperanza y ansiedad» pensó, mientras daba el último sorbo a su botella. «Pero, “apatía nunca más” ¿verdad, mamá?» dijo para sí.

Las letras que rezaban “nadie es amo de nadie, anarquía por y para el pueblo” en trazos rojizos que adornaban de sentido el edificio de la Asamblea eran apenas visibles. El sol estaba dando sus últimas fuerzas del día, mañana vendría a atormentar la ciudad de nuevo.

Rena se quedó dormida allí algunos minutos, tal vez decenas o, incluso, un par de horas. La despertó un intenso olor a metal y el chasquido de la madera al romperse por el iracundo fuego.

Toda la intersección de la Avenida Barranquilla y la Avenida Ferrocarril estaba atestada de sectarios con antorchas. Armaban fogatas improvisadas y vertían sangre cuidadosamente para no apagar su vida. «Prometea nos hará libres», «purgar, purificar, renacer» y más consignas recitaban aquellos cuerpos sin nombre. Esta no era la única vez que la secta embestía en contra de la Comuna, las anteriores ya habían cobrado numerosas vidas.

«Malditos *Hijos del sol*, pagarán cada gota de sangre que hayan derramado» gritó, mientras tomaba su bate y ajustaba su antebrazo mecánico.

David Cardona Sánchez